



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 16.

JUEVES 18 DE JUNIO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

RESURRECCION MATERIAL DE ESPAÑA, (traducida del inglés). (Continuacion).—AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO, DEL HOMBRE FLACO Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO: (traduccion del inglés), (Continuacion), por Jorge Augusto Sala.—EFECTOS DE LAS GUERRAS, por Fernando Sellarés.—EL FAISAN ARGOS.—EL PUENTE DEL INCA.—A UNA NAVE... PIRATA, por M. Vazquez Taboada.—LA ULTIMA CACERIA, por A. de Lamartine.—LA CIUDAD DE TOLEDO.—DEL ALEMAN, por Enrique Heine.—LAS RIBERAS DEL JORDAN, por Lord Byron.—CONOCIMIENTOS CIENTIFICOS: LAS PRODUCCIONES ANTIPODAS.—LA ESPERANZA, por Francisco Vicens.—REFRANES HIGIENICOS.—PENSAMIENTOS.

RESURRECCION MATERIAL DE ESPAÑA.

(TRADUCIDO DEL INGLÉS)

(CONTINUACION.)

Examinemos ahora los diferentes ramos de la industria que producen la riqueza nacional.

Empecemos por la agricultura. La cuestion de si las grandes propiedades, ó por mejor decir, los grandes establecimientos agrícolas son proporcionalmente mas productivos que los pequeños, ha sido discutida con frecuencia. En Inglaterra se ha dado siempre la preferencia al cultivo estenso; en Francia por el contrario, son preferidas las pequeñas granjas. El ejemplo de España nos enseña que la verdadera solucion depende de consideraciones puramente locales. Las vastas montañas de aquel pais, con sus escasos productos de yerba, solo sirven para pastos, y con tal condicion, únicamente pueden utilizarse en grande extension de terreno, mientras en las fértiles llanuras, bajo un sol ardiente, y con abundante riego, los propietarios de pequeños cortijos obtienen beneficios proporcionalmente mayores. En la actualidad predominan los cultivos en pequeña y regular escala.

De las 3.426,083 cuotas de contribucion que resultan impuestas sobre la propiedad, 624,920 son de 1 á 10 reales; 511,666 de 10

á 20 reales; 642,377 de 20 á 40 reales; 788,184 de 40 á 100 reales; 416,546 de 100 á 200 reales; 165,202 de 200 á 500 reales; las restantes son de 500 á 10,000 reales y mas. En 1800 el número de cortijos era menor, á saber; 677,520, ocupados por 273,760 propietarios y 403,760 colonos. Probablemente en este censo se omitieron los cortijos muy pequeños, mientras que la contribucion de 1860, cuyos resultados hemos presentado, los comprende todos. Si deducimos las 625,000 cuotas pequeñas aun tendremos 2.800,000 de grande y pequeña importancia.

No es necesario discutir aquí la cuestion de la division de la propiedad. Basta observar, que en España... (no nos referimos á otros paises...) las provincias en donde la propiedad se halla mas repartida figura entre las mas ricas. Nuestro objeto en esta ocasion es demostrar el aumento de la produccion agrícola, que podemos deducir por medio de la contribucion territorial. En 1845 el gobierno graduó que este impuesto produciria 350.000,000 de reales. Las córtes lo redujeron á 300.000,000, y en 1846 á 250.000,000. Segun la cuenta general del Tesoro en 1846 produjo 238.246,081 reales y 222.399,514 en 1847. Actualmente la contribucion territorial produce fácilmente los 400.000,000 de reales á que las Córtes la elevaron hace algunos años. Seria difícil determinar exactamente qué influencia ha tenido cada uno de los ramos agrícolas en este aumento de la renta. La única apreciacion que sobre el asunto puede hacerse se funda en deducciones mas ó menos hábiles; pero como los autores que las ofrecen son españoles, y estos deben ser considerados como mejor autoridad en la materia, las presentaremos á nuestros lectores.

Segun escritores de principios de este siglo, la produccion de grano en España ascendia entonces á cerca de 38.000,000 de hectólitros, mientras que la produccion actual, calculada sobre la base de los derechos de consumos se eleva á cerca de 66.000,000.

Si esta evaluacion es exacta, como creemos, la produccion ha adelantado con mas rapidez en el lado meridional de los Pirineos que en el septentrional; é Inglaterra es la única nacion que ha hecho progresos mas rápidos que España.

Acabamos de mencionar los derechos sobre consumos. La recaudacion de este impuesto revela gran diferencia en el consumo de pan en ciudades diferentes. En Segovia, Salamanca y Orense, la cantidad proporcional consumida por cada habitante es 2'39 libras, en Búrgos 2'43, y en Leon llega hasta 2'89 al dia, mientras que en Jaen es 0'92 libra, en Oviedo 0'87, y en Valladolid 0'85. En Madrid el consumo es de 1'70; y la cantidad media de todo el reino es 1'62.

En años ordinarios, España produce bastante trigo para el consumo nacional, y aun sobra una regular cantidad para la esportacion. La de vinos rara vez falta, no solo de los generosos de Jerez y Málaga, tan apreciados en Inglaterra, sino tambien de otros mas ordinarios. En 1797 se estimó el producto total en 8.500,000 arrobas: pero ahora debe esceder considerablemente de 9.500,000. El consumo de vino varía en diferentes puntos aun mas considerablemente que el pan. En Palencia cada habitante bebe 83 litros al año, en Segovia 78, en Logroño 78, en Madrid 72; mientras en las Islas Baleares, Málaga y Sevilla, cada persona se contenta con 7 á 8 litros. La cantidad media es 32'4 litros.

El consumo de carne todavia presenta mayores diferencias en varias provincias. Respecto al vino, es fácil suponer que se bebe mas en los sitios donde se produce; pero el ganado, aun no estando igualmente distribuido por el pais, es de naturaleza tan móvil que puede ser fácilmente conducido; y sin embargo, se observa aun en provincias limítrofes muchisima diferencia en el consumo medio de carne por cada habitante de los pueblos. En la provincia de Cáceres el consumo es 22'08 kilogramos, en la de Madrid 20'29,

en la de Córdoba 16'41, en la de Salamanca 12'14, mientras que en la de Oviedo es 4'12, en la de Almería 3'73, en la de Murcia 2'98, y en las Islas Canarias 2'38. La cantidad media de las demás provincias fluctúa entre estos límites extremos. En las capitales las proporciones son enteramente distintas, variando desde 47 kilogramos en Madrid, hasta cantidades mucho menores en otras. La cantidad media general en los años de 1858—1861 fue 8'04 kilogramos en los distritos rurales, y 23'03 en las ciudades.

Podemos convenir *a priori*, en que el consumo de carne ha ido aumentando en España desde hace algunos años; pero este aumento no debe haber sido proporcional al de la prosperidad, porque la carne no es ciertamente el alimento favorito en los climas meridionales. El censo de animales domésticos de los años 1797, 1858 y 1861 confirma esta observación. El censo de 1861 no se ha publicado todavía; pero podemos anticipar las cifras en el siguiente estado:

	1797.	1858.	1861.
Caballos . . .	159,717	268,248	382,009
Mulas.	214,117	415,978	665,472
Asnos.	256,178	491,690	750,007
Reses vacunas.	1,065,075	1,580,861	1,689,148
Ovejas	11,764,796	15,794,939	17,592,558
Cabras.	2,521,702	2,755,966	5,445,100
Cerdos.	1,266,918	1,018,585	1,608,205

Los caballos de Andalucía son aun celebrados; pero la lana merina, que en otro tiempo gozaba de la preeminencia, ha perdido su antigua superioridad. No debemos buscar aquí el progreso, sino en los productos agrícolas ó en las manufacturas. La producción de arroz ha subido de 71,000 á 198,000 quintales; la de habas, guisantes, etc., de 2.453,000 de hectólitros á 5.000,000; la de cáñamo de 80,000 á 120,000 quintales; la de lino de 56,000 á 80,000 quintales; la de aceite de olivas de 774,000 hectólitros á mas del doble de esta cantidad, esportándose anualmente 300,000 ó 400,000 hectólitros; y la de seda de 606,000 á poco mas de 1.200,000 kilogramos.

Al presentar las cifras generales que manifiestan este progreso agrícola, no debemos olvidar las circunstancias especiales que lo han favorecido. Estas son principalmente el aumento de la población y el de los medios de comunicación.

El aumento de la población es patente. Sin duda alguna la industria manufacturera ha utilizado una parte, pero la mayor corresponde á la agricultura. Además, ciertas ocupaciones que antes proporcionaban la subsistencia sin recurrir al trabajo se han hecho difíciles. Ahora la profesión del bandido es peligrosa, la del mendigo menospreciada, y todos los hombres robustos se ven precisados á trabajar. También hay mayor facilidad que antes en la venta de los productos. Aunque el agricultor pueda enviar los suyos á una gran distancia, sin embargo, siempre le es ventajoso tener un mercado cerca. La proximidad de una ciudad importante, el establecimiento de una fábrica le favorecen tanto, como una elevación en los precios. Las ciudades de España siguiendo el movimiento general están desarrollando su población aunque en menor escala, así como se están multiplicando las fábricas, y aumenta el número de consumidores, por el movimiento de los ferro-carriles.

Los ferro-carriles son el complemento del sistema de comunicaciones, puesto que la base la forman principalmente los caminos ordinarios que enlazan las pequeñas poblaciones. A fin de que el agricultor se aproveche de los mercados que le abren las ciudades y las fábricas, es indispensable que pueda transportar á ellas sus productos. No hace mucho tiempo todavía que todos los frutos se transportaban en mulas ú otras bestias de carga; las cantidades que por este medio podían conducirse eran muy pequeñas; y las operaciones difíciles y costosísimas. Después el sistema de

transportes ha mejorado considerablemente, pues los caminos, antes tan descuidados por el gobierno, son ahora objeto preferente de su atención destinándose crecidas sumas anuales tanto para las reparaciones como para las obras de nueva construcción.

De un estado oficial que tenemos á la vista resulta que desde el año 1840 al de 1855, se han construido 254 leguas de caminos reales ó de primer orden, que han costado 68.000,000 de reales; 205 leguas de carreteras de segundo, en que se han gastado 33.000,000 y un tercio; y 108 leguas de caminos provinciales, cuyo importe ha sido el de 33.000,000 y un tercio. En 1855, las tres clases reunidas formaban una longitud de 3,054 y media leguas ó 10,575 millas sin contar los de Navarra y las Provincias Vascongadas. Estas provincias poseen 1,002, 435 y 895 kilómetros de carreteras de primero, segundo y tercer orden, resultando un total de 2,332 kilómetros, ó 1,449 millas. No poseemos datos sobre los caminos vecinales, pero los tenemos exactos acerca de la longitud de los caminos de hierro. En 1848, había 29 kilómetros; en 1852, 103, en 1855, 577; en 1858, 854; en 1860, 1,960, y en 1861, 2,396. Si los caminos vecinales no son tan numerosos ni de tan buenas condiciones como pudieran desearse, los ferro-carriles contribuirán indudablemente á su aumento y reparación, porque todos los pueblos necesitarán una vía fácil para llegar á las estaciones y tratarán de procurársela á toda costa. Los ingresos y gastos de los ferro-carriles en 1859 y 1860 fueron los siguientes:

	1859.	1860.
Ingresos.	82,569,680 rs.	151,357,300 rs.
Gastos.	48,869,705	76,580,950
Beneficios. . . .	33,699,977	54,756,370

Grandes elogios merece el gobierno español por la parte que ha tomado en el desarrollo de los recursos del país. Es verdad que todo progreso serio, real y permanente, depende de los esfuerzos individuales; pero el deseo de riquezas, que es el gran estímulo de los hombres para poner en movimiento todos sus medios de producción, no ha llegado aun en España á su madurez. No ha desaparecido aun esa clase de hombres que recibirían con gratitud los bienes de fortuna que la suerte les depara, pero que nunca tendrían valor para esforzarse en adquirirlos. La nueva era que ha comenzado para España, la encontró embarazada con una población numerosa no preparada todavía á desempeñar su papel en el trabajo de regeneración, por faltarle no solamente el capital material, que el Estado no puede crear, sino también el capital intelectual de educación, y el capital moral de confianza. En circunstancias tales, bien puede un gobierno honrarse con la misión de alentar, aconsejar y aun ayudar. Un apoyo eficaz podía conceder fácilmente, borrando del libro de las leyes todas las que perjudicaban á la agricultura. Fatales eran los privilegios de la Mesta, combatidos por Campomanes, suprimidos de nuevo en 1836 y abolidos completamente por el real decreto de 1854 que organizó una «Asociación general de ganaderos», y la dejó solamente aquellos derechos compatibles con la legislación moderna. Reformas semejantes se han hecho en la policía rural, y especialmente en el sistema de riegos, que tanta importancia tienen en climas cálidos como los de la India, Persia, China, Italia y España.

Prescindiendo de Navarra y las Provincias Vascongadas, hay en España 1.786,025 fanegas, ó sea 4.465,062 acres de tierra de regadío y 39.431,113 fanegas, ó sea 63.089,760 acres de secano útiles para el cultivo.

La legislación contribuye mas y mas á facilitar los riegos; y la ley hipotecaria, de reciente fecha, hará posible la creación de establecimientos de crédito que la industria agrícola necesita tanto como cualquiera otra para realzar rápidos progresos.

Encontramos en un documento oficial nada menos que quince proyectos de bancos agrícolas. Todos saben que el crédito es capital, y que capital significa materias primeras, maquinaria, trabajo, en una palabra, el conjunto de los agentes necesarios para la producción. La preferencia del establecimiento de bancos hipotecarios que abrieran créditos sobre la propiedad, en vez de darla al de los que atenderían en primer lugar á la confianza personal, no debe considerarse absolutamente necesaria, aunque haya muchas personas para las cuales sean los últimos menos admisibles. En Francia, por ejemplo, los hábitos de confianza y de crédito no se hallan bastante arriesgados por el establecimiento de bancos como los de Escocia; pero esta no es razón para que España se retraiga de hacer la prueba. Todo dependería de la organización que se adoptase; y habría muchos modelos que imitar desde el momento en que sin preocupaciones y con espíritu imparcial, se tratara de elegir la combinación que mas pudiera convenir á las costumbres del país.

(Se continuará.)

AVENTURAS DEL HOMBRE GORDO

DEL HOMBRE FLACO

Y DEL HOMBRE DE LA CAJA DE HIERRO.

(TRADUCCION DEL INGLES)

(CONTINUACION.)

La princesa Isabel, dijo de repente este hombre de traje azul haciendo otra cortesía y sonriéndose, era una excelente princesa.

Quereis decir la reina Isabel, tuve yo la condescendencia de decir á este amable extranjero, sí, la reina Isabel era una gran soberana; construyó el fuerte de Tilbury, fue la primera que comió ganso asado el día de San Miguel é inventó el almidon para los cuellos de las damas. No os interrumpiré aunque digáis algo malo de ella.

No, no, replicó el anciano. La princesa Isabel; aquí en el palacio de Homburgo.

Os digo que esa Isabel, era reina, repuse yo con algun calor, y que jamás estuvo en Homburgo. Nunca hubiera venido á un punto de tan mala reputación. Fue la amiga del lord Burleigh, de Amy Robsart, del conde de Kenilworth y del lord canceller Bacon. Además protegió al inmortal cismón de Avon; acordaos de los célebres versos del doctor John, son acerca de las piezas de Shakespeare.

Creo que hubierais hecho mejor en callar, dijo con su acostumbrada descortesía el hombre de la nariz colorada. Ben Johnson escribió los versos de que habláis, y la princesa Isabel era sin duda alguna una princesa alemana que vivió siempre valsando.

No, no, repitió el hombre de lo azul, la princesa Isabel era inglesa, nacida en el palacio de Windsor. Los dos estais equivocados, y este anciano tiene razón, dijo el cínico hombre flaco. La princesa Isabel era una hija de Jorge III, que se casó con un landgrave de Hesse-Homburgo hacía el tiempo en que el príncipe Leopoldo se casó con nuestra princesa Carlota, y debe haber vivido aquí. Supongo que iremos ahora á la morada que ocupaba.

El anciano pareció comprender perfectamente la última parte de lo que el hombre flaco había dicho, y sacando un gran manojo de llaves brillantes de uno de los anchos bolsillos de su traje azul, nos guió hacia el ángulo de la derecha del patio, haciendo cortesías y repitiendo incesantemente el nombre de la princesa Isabel.

Continuamos con él dejando una cochera á la derecha, de la que dos palafreneros (que estoy seguro que hubieran sido despedidos de cualquier caballeriza regular de Inglaterra) estaban sacando un carruaje muy viejo con ruedas muy pesadas, la pintura de las cuales había desaparecido casi del todo. Cuando hubieron acabado, otro palafrenero con una blusa

blanca, vació una azumbre de agua sobre las ruedas y las pasó una brocha con pintura alrededor de los rayos; luego dió algunos pasos hacia atrás y contempló su obra con una admiración grande, pero silenciosa. Los palafreneros, que habían visto al de la blusa echar el agua sobre las ruedas, le dieron un golpecito en la espalda llamándole Carlos, y los tres se sentaron en un banco, encendieron sus pipas y se pusieron á fumar con mucha compostura. Creo que un perro que estaba allí mirándolos, hubiera fumado con mucho gusto una pipa, pero no permitiéndoselo algunas razones de historia natural echó á andar con la cola y las orejas bajas. Cuando pasamos por debajo del pórtico oímos á los tres palafreneros cantando una parte de una canción; de este modo se consideraba haber limpiado para todo el día el carruaje del landgrave.

La entrada del palacio es tan buena como la que tendría en Inglaterra una casa de campo, cuyo dueño tuviera 150 libras esterlinas anuales. Las paredes están blanqueadas. Había un centinela infantil en la entrada que estaba apoyado en su fusil, y estoy seguro de que si se le hubieran quitado, hubiera caído al suelo por el peso de las prendas que llevaba sobre sí. Yo esperaba verle de un momento á otro empalado en su bayoneta del mismo modo que los antiguos romanos solían suicidarse arrojándose sobre la punta de su espada.

Subiendo por una especie de escalera cuyos escalones estaban todos muy encerados y brillantes segun la maldita y ordinaria costumbre del continente, entramos en una habitación llena de antigüedades romanas, que no hubieran estado fuera de su lugar en un museo de provincia en Inglaterra. La mayor parte de ellas han sido desenterradas en Saalburg y en las cercanías del campo romano del Taumes. Había urnas, tazas, ladrillos, tablas votivas y otros mil objetos.

En el centro de esta habitación sobre una mesa hay un gran monton de monedas romanas, 550 de las cuales fueron recogidas en el camino de Usingen en 1816; yo hubiera deseado estar allí entonces. Las monedas parecen muy toscas y todas están cubiertas de cardenillo, pero el cuño es decididamente superior á los desgraciados y detestables kreutzer que os dan ahora en cambio de vuestros florines.

Nota. Mañana por la mañana tengo que enterrar un kreutzer en cada una de las cunetas de los naranjos del lado izquierdo de la calle de árboles, yendo al casino. He dejado medio florin anteayer en el bolsillo de mis pantalones con la misma intencion, pero el bolsillo maldito tenía un agujero; uno del ejército del landgrave, creo que me le sacó y fué á llevarsele á su Serenidad ó á su Transparencia (ó cualquiera que sea el título que le den) como tributo si es que no se le gastó en tabaco y cerveza.

En la escalera del palacio hay algunos retratos que tienen el mismo mérito que los que se ven en las ciudades de Inglaterra y en las grandes hosterías, donde se dan comidas públicas. Allí está Federico, duque de York con su cabeza calva, con su uniforme encarnado y sus botas, segun la moda de Hesse. Allí está Guillermo IV, duque de Clarence, y el duque de Kent, tan estúpido y tan obstinado como lo era realmente. Al principio de la escalera hay una estatua de piedra de Santa Isabel, landgravina de Turingia; está representada en el momento de dar á un muchacho mendigo un pan que llevaba en su delantal y que se transformó súbitamente en flores por sus ardientes oraciones. Una leyenda dice que el marido de Santa Isabel, muy irritado al ver las continuas limosnas que daba su mujer, la prohibió que lo hiciera así y encargó á sus criados que le advirtieran cuando viesan que lo hacia á pesar de su prohibición. Un día en el momento en que la santa daba limosna, su marido informado de ello fué adonde estaba y la preguntó qué tenía en su vestido; ella entonces contestó que eran flores, y quiso enseñárselas, para lo cual pidió á Dios con el mayor fervor que se cam-

biara en flores, lo que en efecto sucedió así. Su marido, el landgrave Luis, murió en 1227; Santa Isabel no quiso volver á casarse, aunque era aun muy joven, y en 1231 murió en Marburg, donde había fundado un hospital y donde, como la inmortal Florencia Nightingale, se complacía en los trabajos mas bajos. Su tumba hizo muchos milagros; el papa Gregorio IX la canonizó, el emperador Federico II cubrió de oro todo su cuerpo, y reliquias suyas se conservan aun en el día en la catedral de Breslau y en el convento de Santa Isabel de Viena. Dios la bendiga.

Hemos visto aquí cortinas de terciopelo blanco gastadas y descoloridas por el tiempo, puestas en las habitaciones por la landgravina Isabel para recibir á su real huésped, la reina Matilde de Wurtemberg. Las vistas que se alcanzan desde las ventanas mirando hacia el Sur, son muy pintorescas. Hemos visto tambien retratos de la landgravina Carolina y de Catalina de Rusia; una plaga de retratos de familia. Docenas de landgraves de Hesse-Homburgo, incluso Jorge el Piadoso, Felipe el Magnánimo y Federico con la pierna de plata. Hemos visto tambien una serie de habitaciones de segunda clase que no son tan cómodas ni la mitad de decentes que las habitaciones altas de la fonda de Francia.

Bien, dije yo, esto es una muestra de como son los palacios de los soberanos de Alemania; pero yo mejor queria ser corregidor de Pedlington, que príncipe aquí.

Esperad un momento, replicó el hombre del vestido azul, falta la habitación de la princesa Isabel.

Así, pues, fuimos á las habitaciones de la última landgravina, la princesa inglesa hija de Jorge III. Creo que era en todos conceptos una mujer excelente, amable, caritativa y que fue una verdadera bendición para el pueblo del pequeño principado, de cuyo soberano era la esposa.

Las habitaciones que ocupó esta buena señora durante la época de su matrimonio y de su viudez están situadas hacia el Norte y gozan del aspecto siempre pintoresco de las montañas del Taunus. Poco se puede decir en cuanto al adorno de estas habitaciones. Cualquiera viuda anglo-indiana y civil está, aunque sea vasalla y no soberana, mejor alojada que la landgravina de Hesse-Homburgo. En aquellas habitaciones se encuentran desparramados algunos objetos extranjeros; un modelo del castillo de Schwarzburgo y otro del castillo en que estuvo presa María Stuart; una caja de ébano perteneciente á la reina Isabel, un modelo de la torre de porcelana de Peking; relojes antiguos; retratos y pinturas sobre china, el *necessaire* de María Teresa de Austria, el modelo de un hombre de guerra hecho delicadamente en plata por el rey Luis XVI de Francia; ¡pobre hombre! si hubiera nacido platero hubiera conservado su cabeza sobre sus hombros; otro objeto hecho por el mismo soberano mecánico y que es regalo de la duquesa de Angulema; un tocador de porcelana de Sajonia y un par de consolas de malaquita regaladas por el emperador Alejandro.

Aquí concluye el manuscrito del hombre gordo, pero estoy inclinado á creer que omitió algunos detalles en la descripción del palacio de Homburgo. No dijo nada de los jardines que son muy hermosos ni de la estatua ecuestre del landgrave Federico II llamado «Pierna de plata.» No he visto jamás que el hombre de la caja diestro haya sido comunicativo con respecto del palacio. Una sola vez dijo que el palacio era una ratonera, y después manifestó la opinion de que el caballero anciano vestido de azul era Fernando Enrique Federico landgrave reinante de Hesse-Homburgo. Segun decia, se habia confirmado en su opinion cuando el anciano aceptó con una infinidad de cortesías la pequeña cantidad de un florin y quince kreutres que le presentaron como gratificación por enseñarlos el palacio. Añadia que era semejante á un potentado alemán, y cuando en contradicción con su parecer vió

que al pasar por uno de los puntos del palacio una mujer vieja de mal aspecto y mal vestida se los apareció como un espectro irritado y dijo mil injurias al anciano vestido de azul, en un aleman casi incomprensible, entonces el hombre de la caja de hierro dijo que aunque el landgrave Fernando no habia estado casado nunca, pudo muy bien haber sido un hombre de vida alegre en alguna época de su larga vida y conservar ahora á alguna amiga antigua, como Frente de Bucy, guardaba á la dama Ursula en el castillo de Torquillstone. Además, añadia el hombre de la caja de hierro, hay una landgravina viuda, y el landgrave tiene una hermana. El hombre flaco negaba este hecho, diciendo que en el carruaje de que hemos hablado antes, habia visto una señora de edad, gruesa, con una manteleta de seda negra, y aseguraba que aquella era la landgravina viuda, Luisa, que con ella iba en el carruaje una joven grave con un tra e de tela de algodón estampado, con un sombrero de paja y con cintas azules, que debia de ser, ó la hija menor de la viuda (otra princesa Isabel) ó una inofensiva señora que la acompañaba.

Yo he estado mas de una vez en el palacio de Homburgo y puedo afirmar la exactitud general de las descripciones de los tres viajeros; pero hallo en las habitaciones de la princesa inglesa algunos artículos mucho mas interesantes y que son para conservar mas recuerdos que las pagodas de porcelana del emperador de la China y las consolas de malaquita del emperador de Rusia. Allí habia una mala aguada que representaba á la princesa Victoria cuando niña, al lado de la duquesa de Kent. Allí habia tambien algunos libros ingleses; la edicion de Beurley de la Biblia, el Carlos XII de Voltaire, la historia de Enrique, conde de Morland, en una palabra, la coleccion de libros que era de esperar encontrar en posesion de una noble dama inglesa del último siglo.

Vimos tambien la alcoba de la landgravina y su cama, cuyas almohadas estuvieron honradas en otro tiempo por las cabezas de Isabel de Inglaterra y de Federico José de Hesse. ¿Llevarian estos señores gorros de dormir, ó se irian á la cama con sus coronas con que segun los cuentos, vivieron en un tiempo?

Yo iba escuchando pacientemente á mi *cicerone*, que era el hombre vestido de azul que me enseñaba los retratos de Marlborough y de Eugenio, del duque de Gloucester, sobrino de Jorge III y del carnicero, duque de Cumberland, su tio. Luego el anciano tomó cuidadosamente y trajo á la luz un lienzo sin marco, que era el retrato de Jorge III. Este retrato no se le enseñaba mas que á los ingleses, y la princesa Isabel era mas aficionada á él que á cualquiera otra obra de su galería. Yo me quedé absorto; ¿es este el rey Jorge? pregunté. Sí, este era el rey. Cuando el rey Guillermo era duque de Clarence visitó Homburgo y vió el retrato, dijo que tenia una semejanza admirable, pero con lágrimas en los ojos pidió al anciano que por el amor de Dios le ocultara. El rey Jorge no está representado con el traje de su coronacion, con el cetro en la mano y la corona en una mesa á su lado; no está tampoco con su uniforme de coronel, ni vestido á la romana; está de un modo muy distinto, en verdad; está representado muy viejo, calvo, con el rostro arrugado, con la barba blanca y larga, con miradas estraviadas, tan débil y tan abandonado! No hay luz en sus pobres ojos, ni de sus labios entreabiertos sale ninguna palabra que tenga significacion. Parecia casi una burla del pintor haber amortajado este esqueleto en una especie de bata de púrpura forrada de armiños y con una estrella bordada en el lado izquierdo del pecho. ¿Qué servian las estrellas y las bandas, las cruces y las cintas, á este patriarca ciego, gastado é invencible? Tal era el rey Jorge á la edad de setenta y nueve años, ciego y loco; ¡pobre anciano Jorge!

(Se continuará.)

JORGE AUGUSTO SALA.



El guarda bosque de las montañas del Taunus.

EFFECTOS DE LAS GUERRAS.

La guerra es un monstruo que se alimenta con la sangre humana.

Previsora la naturaleza, caracterizó las provincias, cercándolas con mural'as de montes, con fosos de ríos y con las soberbias olas del mar; razón porque constituyó la diversidad de climas, de genios, lenguas y costumbres. Pero la ambición, el apetito insaciable de dominar, salvó estos límites y términos naturales, riendo los pueblos á extranjero dominio. Como todo está sujeto al imperio del hombre;

su genio sublime y emprendedor salvó las distancias con la veloz y sorprendente locomotora; cruzó los ríos con soberbios puentes y midió la inmensidad de las aguas con imponentes naves, castillos flotantes. Mas su ambición poderosísima juzgó por estrechas las cinco zonas del globo: Alejandro Magno lloraba porque no había muchos mundos que conquistar; y Humaya, pretendiente del reino de Córdoba, exclamó en el colmo de su ambición: *Llamadme hoy rey y matadme mañana*. Tan grande es la ambición, que se opone á la marcha floreciente de los siglos.

De ese frenesí nacen los homicidios, los robos y tiranías con la degradación del hombre: por él se introdujo desgraciadamente en el mundo la abominable guerra. Tal nacimiento tuvo este monstruo, si ya no nació del infierno después de la soberbia de aquellas primeras luces intelectuales.

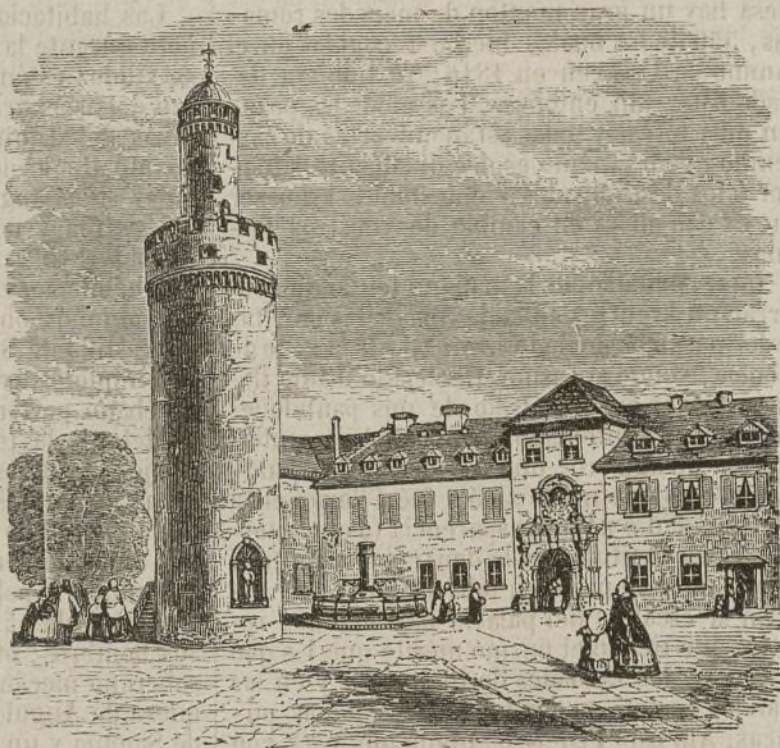
Odiosa é inadmisible es la guerra; David era justo; mas no quiso Dios que le edificara el templo, porque había derramado mucha sangre. Los príncipes prudentes y moderados la aborrecen, conociendo la variedad de sus accidentes, sucesos y fines.



El Pobre viejo Jorje.



El manantial ferruginoso en el jardín.



El atrio del Palacio en Homburgo.

Tristes efectivamente son sus deplorables resultados: con ella se descompone el orden y armonía de los pueblos; la religión se muda, la justicia se perturba; las leyes obedecen; la amistad y parentesco se confunden; las artes se olvidan; la cultura se pierde; el comercio se retira; las ciudades se destruyen y los dominios se alteran. El rey don Alonso la llamó: *extrañamiento de paz é movimiento de las cosas quedas, é destruímiento de las compuestas*.

Si es interior la guerra, es fiebre ardiente, que abrasa el Estado; si exterior, le abre las venas por donde vierte la sangre de animosos caudillos y se pierden las riquezas y felicidades de sus hijos. Siempre es mala; jamás reporta la paz en el seno de la familia.

Es la guerra una violencia opuesta á la razón, á la naturaleza y al fin del hombre á quien sustituyó Dios su poder sobre las cosas, no para que las destruyese con la discordia, sino para que las conservase con la armoniosa tranquilidad. No le crió, pues, el Autor Supremo para la guerra, sino para la paz: no para el furor, sino para la mansedumbre: no para la injuria, sino para la beneficencia. Por lo que nació desnudo, sin armas con qué herir, ni piel dura con qué defenderse: tan pobre, mísero y necesitado, que sin la industria y amor ageno no podría vivir. Le dió la voz articulada, blanda y suave con que explicase sus conceptos; la risa que mostrase su agrado; las lágrimas su misericordia; las manos su fe

y liberalidad; la rodilla su obediencia; el corazón su amor y caridad y la inteligencia para armonizar las disensiones que surgieran del continuo trato con el comun de los demás hombres: señales todas de un ser civilizado, benigno y pacífico.

Mas á los animales que quiso fuesen belicosos los crió dispuestos á la guerra, llevados de su instinto, con armas ofensivas y defensivas. Al león con garras; al águila con presas; al elefante con trampa; al toro con cuernos; al jabalí con colmillos y al espin con puas. Hizo formidables con el veneno á los áspides y víboras, consistiendo su defensa en nuestro peligro, y su valentía en nuestro temor. A casi todos estos animales armó de duras pieles para

su defensa instintiva y no deliberativa: al cocodrilo de corazas; á la serpiente de malla; y á los cangrejos de grevas: en todos hallamos un aspecto sañudo, y una voz horrible y espantosa, como el lobo de la caverna y el león del desierto.

Sea, pues, para ellos lo irracional de la guerra, no para el hombre en quien la razón tiene árbitro sobre la ira; no para el hombre, que puede apagar el fuego de violentas pasiones.

La guerra es retroceso espantoso para la moral, la ciencia, y progresos materiales del siglo; es rémora terrible para el comercio, industria y civilización popular. Rotas las relaciones que unen en la paz pueblos que colectivamente se mantienen y sustentan al par de sus productos y necesidades respectivas; se ven espuestas las naciones al capricho de disolutos príncipes que cifren su derecho en la fuerza bruta, resultando en su seno la miseria mas devoradora. El despotismo, la anarquía y el mas vandálico desenfreno se enseñorean del corazón de los pueblos, y solo nos formaremos una idea de tanta disolución, de caos tan terrible, cubriendo tan fúnebre cuadro con un lúgubre velo, velo de caridad. Quisiéramos consignar los millares de perjuicios que nos acarrea: mas la brevedad ante todo; sea suficiente afirmar, que en ella ganamos perdiendo y que son vencidos los vencedores; pues, su gloria es sangre, su palma la muerte.

La guerra levanta vapores densísimos, formando nubes de llanto contra la cristiandad; ella convoca el Reno, el Mosa, el Danubio y el Albis. Fomenta las nieblas de Inglaterra, Holanda y Dinamarca. Rompe los hielos de Suecia para que por el mar Báltico pasen los osos del Norte á devastar las naciones. Deshace las nieves de Esquizaros y Grisonos y las derrama por Alemania é Italia. Vierte las urnas del Pó sobre Milan, convocando al Tíber y al Adriático. Concita las exhalaciones de Africa, Persia, Turquía, Tartaria y Moscovia para que en nubes de rayos acometan la Europa pacífica. Suelta por los secretos arcaduces de la tierra terremotos que perturban el Brasil y las Indias orientales. Despacha por todas partes furiosos huracanes hasta vibrar fuego, garantizar plomo y llover sobre sangre la tierra. Tiembla uno y otro polo al ronco estruendo de la

artillería; y los mas fogosos caballos acuden á tropel á diezmar los pueblos, aterrándolos con sus belicosos relinchos. Marte, Dios de los combates, siempre aparece armado, polvoroso y sangriento; y se le pueden aplicar las pala-

bras de Isaías á Lucifer: conurbó la tierra; aterró los reinos, desplomó el mundo y destruyó sus ciudades.

Inconcebibles son los funestos resultados de tan terrible monstruo: la inocencia violada,



El faisán Argos.



El Puente del Inca

el pudor marchitado, la fe profanada y los objetos de nuestra veneración pisoteados también.

Demos nuestra última mirada á la historia; prescindiendo de las guerras, que desde el fratricida Cain hasta nuestro siglo XIX han sembrado el luto, el llanto, la desesperación y la muerte sobre la tierra, y veremos en todos los campos de batalla lidiar y combatir ciudadanos; el amigo contra el amigo; el hermano contra el hermano; el hijo contra el padre; la ciudad contra la ciudad y el reino contra el reino.

La guerra efectivamente es funesta; es un monstruo que se alimenta solo de carne humana, sembrando la infelicidad en venturosas sociedades.

Genios marciales tal vez nos escuchen con el mas profundo desden: hijos de la gloria militar, émulos dignos de Epaminondas, Jenofonte, Alejandro y Pompeyo no queremos cortar los vuelos de vuestra fogosa imaginación. No admitimos los combates como semillero fecundo de males sin cuento. Mas no permitiremos jamás que nuestra patria sea extranjera y que sea manchado nuestro lábaro jamás vencido, menos humillado.

Empero debemos ser racionales; dos son, pues, los modos de tratar los agravios: uno por tela de juicio, propio de los hombres; otro por la fuerza, común á los animales, si no se puede usar de aquel—dice Cicerón;—es menester valerse de este: pero cuando intervenga causa justa, y sea también justa la intención y legítimos los derechos que se defiendan: sin embargo, no debemos trabar los combates sin asentimiento de hombres doctos: está en nuestro poder el empezarlos, pero no el acabarlos. Los atenienses consultaban á sus oradores y filósofos la justificación de sus guerras; ejemplo fielmente imitado por Felipe II y Rodolfo, emperador, quienes sin la favorable opinión de los teólogos y juristas no trababan combate con nación alguna. En verdad no lloraría la Europa tantas guerras, si se observara además lo que consignan las sagradas letras: entregar á los sacerdotes la trompa con que se denunciaba la guerra; porque la modestia y compostura de su oficio no usaría de ella sin extraordinarios motivos: son ellos nuncios de paz, libertadores de la sociedad.

Deseamos solo, aunque deplorando sus productos, que la mas estricta justicia y racionalidad posible preceda siempre antes de dar el clarín el triste son de mortífero ataque.

FERNANDO SELLARÉS.

EL FAISAN ARGOS.

Argos llaman á esta ave los europeos, á causa de que su cola está sembrada de ojos. Buffon se ocupó de esta ave con el nombre de *Lucu*, que le dan en la China los tártaros. No obstante, sir Raffles en su catálogo menciona el nombre de *Kuaow*.

El argos parece bastante común en las selvas de Malaca y de la isla de Sumatra, donde vive por pares. Se habla de él en los poemas de los malayos, donde es caracterizado en algunos versos con predilección.

Marsden había hablado de esta ave en su historia de Sumatra, bajo el nombre de *coo-ou* ó famoso faisán. «Es, dice, una ave de hermosura poco común, y sin exageración, tal vez su plumaje es el mas rico de toda la raza volátil.»

Rey de los bosques, y amante de su libertad, no sufre el argos que se le prive de ella, pues perece en cuanto se le hace cautivo. No gusta de una luz demasiado viva, antes bien prefiere la oscuridad, y su carne tiene un sabor idéntico á la del faisán.

Asegúrase que el argos se encuentra en Java, en las Molucas y en la China, en el Pegú, en Siam y en Camboya; pero la indicación de estas localidades merece ser confirmada.

Nos creemos en el deber de dar una des-

cripción mas completa de esta magnífica ave que la trazada por Buffon.

El macho tiene la garganta, la parte superior, no menos que la anterior del cuello, y las mejillas cubiertas de una piel desnuda, de un color rojo, que propende á azul, sobre la cual se ven implantados algunos pelos de trecho en trecho. Las plumas de la frente, las de encima de la cabeza y las del occipucio son muy pequeñas y aterciopeladas; otras plumas muy estrechas con barbas descompuestas y piliformes se erizan en algun tanto sobre la parte posterior del cuello. Este, por su nacimiento y su parte anterior, es de un moreno rojizo, lo mismo que el pecho y todas las regiones posteriores: cada una de las plumas se ven manchadas irregularmente de amarillo oscuro y de negro. La parte alta del lomo y las pequeñas coberteras de las alas tienen grandes manchas negras con pequeñas líneas de un amarillo de oro. El resto del lomo, la rabadilla y las coberteras superiores de la cola están marcadas de moreno sobre un fondo amarillo claro. Las timoneras que son de un moreno castaño muy oscuro, están sembradas de pequeños puntos blancos circuidos de negro: las dos intermedias tienen su estremidad de un gris sucio. Las pennas de las alas son muy anchas y están cubiertas de un gran número de ojos. Los troncos de las primarias son de un precioso azul, y las de las secundarias de un blanco puro. El exterior de las pennas es de un blanco sucio manchado de negro, y el interior está sutilmente rayado, con una ancha faja bermeja, sembrada de pequeños puntos blancos, donde se notan además algunas manchas negras, circuidas de moreno. Las secundarias son de un gris blanco punteado de negro. Las interiores tienen grandes ojos distribuidos á lo largo de los troncos, y á la vez diversas tintas.

Entre los espejos aparecen pequeñas rayas unduladas de un moreno negruzco sobre un fondo azul. Los pies son rojos, el pico es amarillo y las uñas y el iris de un anaranjado vivo. El argos tiene una longitud total de cinco pies con tres pulgadas, pues solo su cola se estiende de tres pies y ocho pulgadas. Las timoneras secundarias tienen, cuando menos, dos pies con diez pulgadas de longitud.

La hembra en su totalidad no tiene mas que veinte y seis pulgadas, lo que consiste en que su cola es mucho mas corta que la del macho. Sus alas tampoco tienen mas que trece pulgadas con cuatro líneas, mientras que las del macho tienen cerca de tres pies. Un vello muy corto cubre la parte superior de la cabeza, cuyo color varía desde el gris claro al gris moreno. La parte baja del cuello, el pecho y lo alto del lomo son de un bermejo castaño zigzagado de negro. El resto del lomo, la rabadilla, las pequeñas coberteras de las alas y las de la cola, son de un moreno amarillento, mezclado de rayas transversales negras, tanto largas como estrechas. Las primeras remeras son de un bermejo oscuro punteado de negro; las secundarias, que son de un moreno negruzco, tienen cintas irregulares de un amarillo de ocre.

Los individuos jóvenes son de un moreno mate, irregularmente mosqueteado de bermejo amarillento, de moreno y de negro. Solo despues de la cuarta muda adquiere su plumaje ostentosas galas.

EL PUENTE DEL INCA.

Llámase así un puente de construcción natural en el Paraguay, como representa el grabado adjunto, y que los habitantes suponen hecho maravillosamente por alguno de sus antiguos reyes ó incas. El Paraguay es un territorio de la América meridional, situado entre el rio Paraguay y el Parana, confinando con el Brasil y Buenos-Aires. Su superficie es de 24,953 leguas cuadradas, y su población de unos 250,000 habitantes. Su suelo es una llanura unida, cortada á veces por bosques y lagunas y escasas colinas que apenas hacen

sensible la elevación del terreno. La agricultura del país consiste en algodón, caña de azúcar, trigo, tabaco, etc. Sus habitantes indígenas son los guaranis, los guaícorus, payaguas, mbayas y guanas. En otros tiempos habian establecido los jesuitas una especie de gobierno reuniendo mas de 300,000 indios neófitos en lugares que llamaban *reducciones*. Despues perteneció á España y formó parte de la confederación del Rio de la Plata, hasta el año de 1809 que los habi antes confiaron el poder al doctor Francia, que se declaró dictador perpétuo.

A UNA NAVE.. PIRATA

Yo te ví mas *velera*
Que el *Soberano*
Navegar por agosto
Allá en el prado,
Tu rumbo haciendo
A *estribor*, en la *vuelta*,
De otro *negrero*.

Tú le rendiste, niña,
Y al *abordaje*,
Que era llegar al colmo
De tus afanes.
Y *riento en popa*
A *remolque* trajiste
La *presa* toda.

Desde la *quilla* al *tope*
Bello es tu garbo,
Pero mas si soltaste
Todos los *trapos*;
Que así el *cautivo*
Solo al ver tu *aparejo*
Quedó *rendido*.

Mas... francamente dime:
—¿Por qué la *brújula*
Con el mismo cuidado
Ahora consultas?
¿Es que te inspira
El afán de hacer nuevas
Piraterías?

Yo creo que te basta
Con tu *victoria*,
Y que *salir* no debes
Ya de la *costa*...
Los *equinocios*
Ya no deben cogerte
Fuera del *golfo*.

Mas ¡ay! que vencedora
En *tiempo* blando,
Quieres probar la furia
De los *chubascos*...
¡Pobre *cautivo*!
¡Si tu *estela* taimada
No hubiera visto!

M. VAZQUEZ TABOADA.

LA ÚLTIMA CACERIA.

Un día al salir á cazar me llevé un volumen inglés traducido del sanscrito, lengua sagrada de la India. Un corzo inocente y feliz brincaba de alegría por la yerba aun empapada del rocío en la linde del bosque. De cuando en cuando le distinguía por entre las matas, enderezando las orejas, sacudiendo sus cuernos, aspirando la brisa, calentando al sol naciente su tersa piel, arrancando los tiernos retoños, y gozando de su tranquilidad y aislamiento.

Hijo de cazador, he pasado mis primeros años entre guarda-bosques, curas de aldea y señores campesinos, cuyas jaurías se mezclaban á menudo con la de mi padre; por lo tanto, nunca tuve ocasión de reflexionar sobre el brutal instinto del hombre en formarse un pasatiempo de la muerte, matando sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin ningún derecho á unos pobres animales que tendrían sobre él el mismo de caza y muerte á ser tan

insensibles, tan feroces, y á ir tan armados en sus diversiones.

El perro habia dado con el rastro, me hallaba con la escopeta en la mano y tenia al corzo al extremo del cañon; pero no podia desprenderme de un cierto remordimiento, cierta incertidumbre en cortar de repente tanta vida, tanta felicidad y tanta inocencia, en un ser que no me habia hecho mal ninguno, que saboreaba la misma luz, el mismo rocío y la misma voluptuosidad matinal que yo; criado por la Providencia y dotado quizás de una sensibilidad superior á la mia, y enlazado con los mismos vínculos de parentesco y afeccion que yo, en el bosque, buscando un hermano esperado por su madre, buscado por su compañera y llamado por sus hijuelos. Pero el instinto maquinal de la costumbre dominó á mi deseo de no matar. El tiro partió, y el corzo cayó atravesado un brazuelo por la bala, haciendo en su dolor vanos esfuerzos para levantarse del suelo enrojecido con su sangre.

Cuando se hubo disipado el humo del tiro, me acerqué pálido y temblando al sitio del crimen. El lindo animal no habia aun muerto, y me miraba con la cabeza recostada en la yerba y con los ojos anegados en lágrimas.

No olvidaré nunca aquella mirada, á la que el espanto y el dolor daban una expresion de sentimiento enteramente humana, y tan inteligible como las mismas palabras; porque los ojos poseen tambien su lenguaje, sobre todo cuando están próximos á cerrarse para siempre.

Aquella mirada me decia claramente con una desgarradora reconvencion: «¿Quién eres tú? yo no te conozco: nunca te he ofendido: tal vez hubiera podido amarte: ¿por qué me has herido de muerte? ¿por qué me has arrebatado la vista del cielo, de la luz, mi parte de aire, de juventud, de felicidad y de vida? ¿Qué va á ser de mi madre, de mis hermanos, de mi compañera y de mis hijos, que me esperan en el bosque, y que no volverán á ver de mí mas que unos mechones de lana esparcidos por el tiro, y algunas gotas de sangre que están regando esta yerba? ¿No hay allá arriba nadie que venga y que juzgue tu crueldad? Y sin embargo, yo que te acuso, te perdono: en mis ojos no existe la cólera, pues mi natural es generoso aun para mi asesino; en mí no hay mas que asombro, dolor y lágrimas.»

Esto decia la triste mirada del corzo herido; yo lo comprendia como si hubiera oido su voz: «Acábame de una vez,» me parecia aun que queria decir al ver el llanto de sus ojos y los inútiles estremecimientos de sus miembros. Hubiera querido poderlo curar á cualquier precio; pero volví á tomar la escopeta, y cerrando los ojos di fin á su agonía con el segundo tiro.

Arrojé entonces la escopeta lejos de mí, y confieso que me eché á llorar. Mi perro parecia tambien enternecido, pues en lugar de olfatear la sangre y morder el hocico del cadáver, se echó tristemente á mi lado: los tres quedamos en un profundo silencio como en el duelo de la muerte.

Era el mediodía, y esperé que el viejo pastor que conducia los carneros al establo durante las horas del calor, volviese por la linde del bosque, para encargarme que llevase el corzo á la casa. Mientras tanto, saqué del bolsillo el libro inglés, que contiene esos restos de los poemas épicos de la India, y procuré distraerme con su lectura. ¡Vano esfuerzo! Lo abrí por una página en donde se leian las maravillosas alegorías de la poesía sagrada de los indus, infiltrada en sus dogmas de caridad universal.

Enseñándonos el amor y el respeto que debe tener el hombre á todo lo que está dotado de vida y de sensacion, se apercibe en ellas la caridad del mismo Dios, por su creacion animada ó inanimada.

El poeta refiere la ascension al cielo de un héroe, pasando por todas las pruebas de la vida, en la penosa escala del monte Himalaya. A medida que el camino va siendo mas pesa-

do, mas escabroso y glacial, va siendo abandonado por los que mas le amaban en la tierra, que le han seguido hasta allí, y al fin, sin compasion de sus infortunios, se vuelven atrás y sucumben á sus pies en los picos de hielo y nieve de la subida. Parientes, amigos, y hasta su misma esposa, se cansan de este sacrificio y de sus esfuerzos para dominar el cansancio. Solo su perro, mas fiel y mas inseparable de él que el amor y la amistad, sigue jadeando las huellas de su amo para morir á su lado ó para triunfar con él.

El héroe llega al fin á las puertas del cielo, que se abren para él, pero se cierran para el animal. Entonces el hombre penetrado de una justicia sublime y de una abnegacion que llega hasta el sacrificio de sí mismo, se niega á entrar en la mansion de la felicidad divina, si no se concede la misma gracia al perro, compañero en sus fatigas y merecimientos.

Los dioses, enternecidos por tanto sacrificio y tanta generosidad, permiten la entrada al animal con el hombre, y las puertas vuelven á encerrarse tras de ellos. He anotado este fragmento de caridad universal, y lo consignaré en los archivos de bellezas del entendimiento humano.

Esta lectura me hizo comprender y apreciar aun mas que en la de los dogmas religiosos de la India, la verdad, la santidad y la belleza de aquella doctrina que prohíbe á los hombres, no tan solo matar á los animales sin una absoluta necesidad, sino aun despreciarlos; porque son nuestros compañeros y nuestros huéspedes en la tierra, y debemos responder de ellos ante nuestro padre comun; porque les somos superiores en inteligencia, y en la fuerza de que nos valemos para dominarlos.

Admiro y adoro esa confraternidad universal entre todos los seres, entre todo lo que respira, entre todo lo que siente, y entre todo lo que ama aquí abajo, segun la medida de su inteligencia y de su posicion respectiva. Concluyo, pues, que el poeta indio era el verdadero sabio, y yo el bárbaro é ignorante, en medio de una civilizacion que tan atrasada se encuentra en el camino del amor, ó mas bien, que no ha llegado aun á emprenderlo. Espero, sin embargo, que el hombre de Occidente llegará un dia á su término.

Renuncié para siempre al placer brutal de la caza; al despotismo cruel del hombre, en cortar la vida sin piedad, sin necesidad y sin derecho, á unos seres á quien no puede volvérsela. Juré no quitar jamás, por solo un capricho, ni una hora de sol á esos pobres habitantes de los bosques, ó á esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la corta alegría de la luz y el instinto mas ó menos vago de su existencia.

«Pertenece á Dios, dijo: Dios me ha hecho su amigo y no su tirano. La vida, á cualquiera que pertenezca, es demasiado santa para hacer de ella un juguete, un pasatiempo que nuestra incompleta civilizacion nos consiente hacer impunemente autorizándolo las leyes; pero el Criador no lo consentirá así en presencia de su justicia.»

Desde aquel dia no he vuelto á cazar; el libro comentando tan patéticamente la naturaleza, me convenció de mi crimen. La India me reveló la caridad en el corazon humano, hasta en su mas lata estension.

A. DE LAMARTINE.

LA CIUDAD DE TOLEDO.

Ciudad antiquísima, arzobispal, de voto en Cortes y capital de la provincia de su nombre. Está situada en el centro del reino, sobre una roca elevada y ceñida al rio Tajo, menos por la parte septentrional, con clima apacible y terreno montuoso. Su poblacion, segun el último censo de 1857 es de 14,913 habitantes. Tiene una iglesia metropolitana con título de primada de las Españas, y es una de las mas magníficas y opulentas del orbe: además veinte parroquias latinas, seis muzárabes, otra

castrense, nueve hospitales, casa de caridad, de expósitos, de doctrinos, instituto literario, colegios, capillas públicas, un cuartel de infantería, presidio y muchas fondas y posadas. Dista de Madrid unas doce leguas, hallándose hoy enlazada con la capital de la monarquía por medio de un buen camino de hierro. Tiene dos puentes fuertes de piedra sobre el Tajo, el uno famoso por ser solo de un arco.

La antigua y floreciente industria de Toledo está hoy muy reducida, pero siempre sobresaldrá por su parte monumental y artística. En efecto, además de los edificios nombrados merecen tambien la atencion la iglesia de San Juan de los Reyes, el hospital de Santa Cruz, el de la Caridad, el de San Juan Bautista, la casa de la Ciudad, el Nuncio nuevo, y sobre todo el antiguo real Alcázar, de que damos una exactísima vista.

Ignórase la época de la fundacion de Toledo. Los judíos la poblaron 540 años antes de J. C. é hicieron en ella una famosa sinagoga, que se consagró despues, y en ella se hizo la actual iglesia de Santa María la Blanca. Fue colonia romana y la caja de los tesoros que se recogian para enviar á Roma. En tiempo de Leovigildo mudaron los reyes godos su residencia de Segovia á Toledo. Hasta el siglo VIII mantuvo la ciudad todo su esplendor, especialmente en el tiempo que dominaron los godos. Los africanos le poseyeron 370 años: el nombre de godos se cambió por el de muzárabes, y de la descendencia de estos se precian varias personas de la ciudad y de algunos pueblos inmediatos, que se distinguen con el epíteto de familias muzárabes de Toledo.

Ha sido, en fin, patria y sepultura de muchos hombres ilustres, entre ellos de los Santos Hermenegildo, Leocadia, Casilda é Ildefonso; del botánico Jolens Joll; del matemático Abraham de Zuraquec, y del astrónomo Alí Albucacen; de las poetisas Ana y Luisa Sigé, de Rodrigo de Cota, de don Luis Hurtado de Mendoza, etc., etc.

DEL ALEMAN.

La noche se estendia sobre mis ojos, tenia plomo en mi boca, y con el corazon y la cabeza adormecidos, yacia en lo mas hondo de la tumba.

Despues de haber dormido no sé cuanto tiempo, me desperté, y me pareció que llamaban á mi tumba.

—¿No te levantas, Enrique? El dia eterno brilla ya, los muertos han resucitado y la eterna felicidad principia.

—Amor mio, no puedo levantarme, porque aun estoy ciego; á fuerza de llorar, se han apagado mis ojos.

—Enrique, con mis besos voy á quitar la noche que cubre tus ojos; es menester que veas á los ángeles y esplendor de los cielos.

—Amor mio, no puedo levantarme, la herida que me ha hecho una palabra tuya en el corazon, sigue aun echando sangre.

—Enrique, voy á poner dulcemente mi mano sobre tu corazon: la sangre no brotará ya mas, y la herida se curará.

—Mi amor, no puedo levantarme, tengo otra herida abierta en la cabeza; cuando me fuiste arrebatada, me herí con una bala de plomo.

—Enrique, con las trenzas de mis cabellos voy á cerrar la herida de tu cabeza, á contener tu sangre, y á hacer que sane tu cabeza.

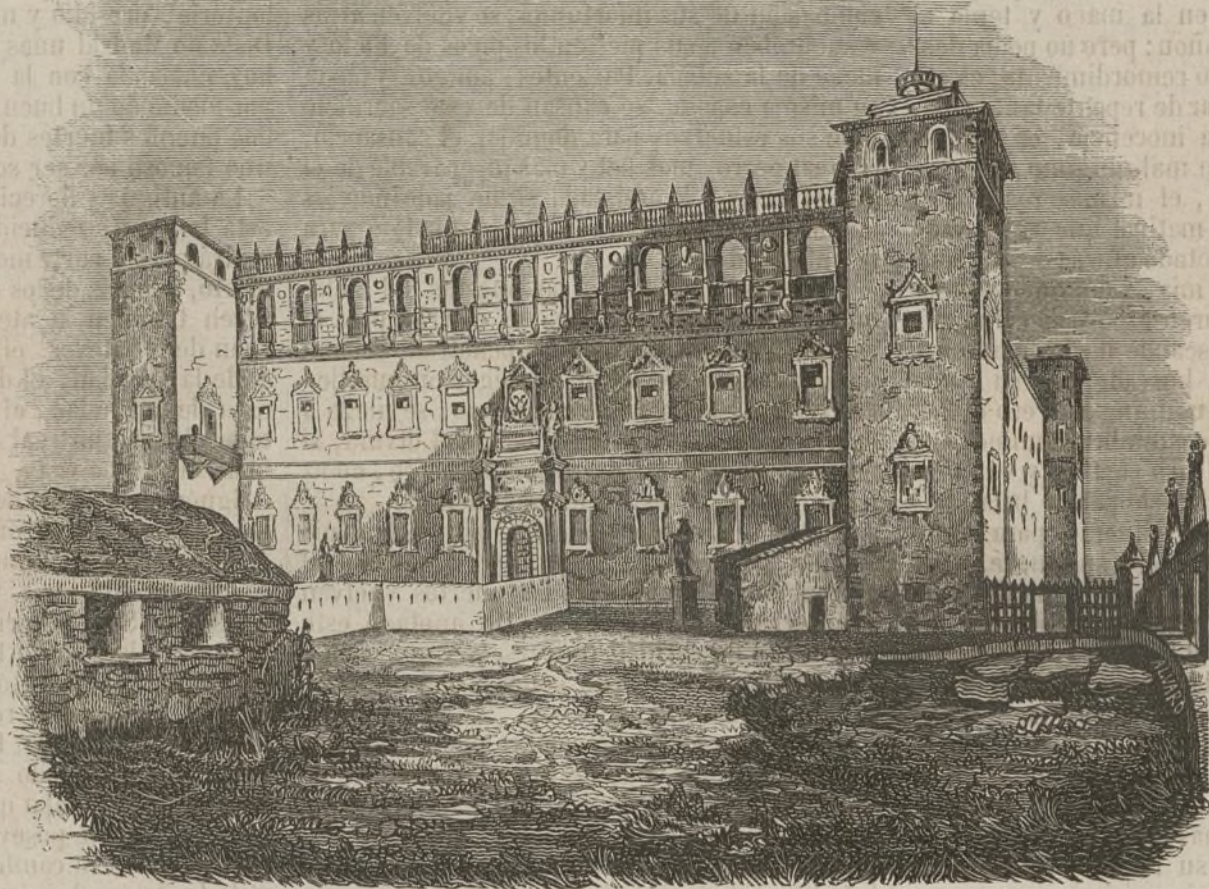
La voz tan dulce y encantadoramente, que no pude resistir: quise levantarme é ir hácia mi amada.

Mas de pronto se abrieron mis heridas, un raudal de sangre brotó con violencia de mi cabeza y de mi pecho, y me desperté.

ENRIQUE HEINE.

LAS RIBERAS DEL JORDAN.

Por las riberas del Jordan vagan los camellos del árabe; á las colinas de Lion vienen á



Alcázar de Carlos V en Toledo.

orar los adoradores de los dioses falsos: el adorador de Baal se inclina sobre las cumbres de Sinaí... y allí mismo... ¡Oh Dios, dejas dormir tus rayos! ¡Allí, donde tus dedos escribieron sobre tablas de piedra; donde brilló ante tu pueblo tu sombra, la sombra de tu gloria envuelta en tu manto de fuego... porque a ti mismo... ninguno puede verte sin morir! ¡Oh! haz que tu mirada relumbre en medio de los fuegos del relámpago; arranca la lanza de la mano trémula del opresor. ¡Cuánto tiempo todavía hollarán los tiranos la tierra que te pertenece? ¡Cuánto tiempo, oh Dios, permanecerá tu templo sin adoradores!

LORD BYRON.

CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS.

LAS PRODUCCIONES ANTÍPODAS.

Mr. F. Unger ha publicado recientemente en Viena una memoria titulada *La Nueva Holanda en Europa*. La tesis desenvuelta por el conocido naturalista alemán es la siguiente:

La Nueva Holanda, con su mundo animal y vegetal, tan especial, tan diferente de los que en otros continentes se conocen, ha conservado intacto un carácter que las revoluciones geológicas han arrebatado á las demás partes de la tierra.

Mr. Unger funda su sistema sobre la existencia en la Nueva Holanda de muchas plantas que se encuentran en estado fósil en los terrenos terciarios de Europa, terrenos clasificados con el nombre de *eoénos* (*eocenos* procede de dos palabras griegas: *eos*, aurora, y *kaínos*, nueva.)

Estos terrenos eoénos se componen de diversas capas de arcilla plástica que alternan con otras de arena, asperon y lignita en que se encuentran conchas marinas y terrestres de especies que en su mayor parte no existen en la actualidad.

Entre los vegetales que han desaparecido de

otras regiones y que no aparecen ya mas que en la Nueva Holanda, cita Mr. Unger una multitud de géneros que tienen nombres muy extraños: en casi todas las partes de la formación eoénica se encuentran el *podocarpus* y la *aramaria*.

La Europa pide hoy aquellos vegetales á la Nueva Holanda, y pueden verse en el bosque de Boulogne, que los ha adquirido á precios muy subidos de las selvas de Botany-Bay.

¿Cómo se explica esa grande semejanza de producción que ha existido hace millares de años entre regiones antípodas?

Mr. Unger pretende que ha debido existir un continente entre Europa y América, continente que habrá desaparecido durante uno de los últimos cataclismos que han trastornado nuestro globo. Da al continente en cuestion el nombre de *Atlantida*, é invoca como testimonio en favor de su opinion las misteriosas tradiciones que la antigüedad nos ha legado respecto de esa tierra de los *frutos de oro*.

Como se ve, la ciencia y sus teorías dejan muy atrás con frecuencia los mas fantásticos delirios de la imaginación, y sin duda alguna es uno de ellos la carta geográfica de un mundo antediluviano, en el que era fácil pasar á pie desde las orillas del Sena á las insondables montañas de la Nueva Holanda.

LA ESPERANZA.

A...

Como fuente de la vida,
Y como esencia del alma,
A los hombres en la tierra
Acompaña la esperanza.
Faro brillante, que muestra
El puerto á larga distancia,
Se ve desde la partida,
No alumbra nuestra llegada.
Al despertarnos del sueño
Del vivir, se nos escapa,
Y con sus alas azules

Va á cobijar otras almas.

Benditas del ángel sean,

Las azules puras alas,

Que en el camino del mundo

Nos cobijan y nos guardan.

Benditos sean tus ojos

Que tan bellas las retratan...

¿Serán tus ojos azules

las alas de mi esperanza?

FRANCISCO VICENS.

REFRANES HIGIÉNICOS.

Husada menuda, á su dueño ayuda.

A las diez, en la cama estés; y si ser puede, á las nueve.

El agua sobre la miel, sabe mal y hace bien.

El ajuar de la tiñosa, todo albanegás y tocas.

Mas vale rato de sol, que cuarteron de jabon.

Hambre y esperar, hacen rabiar.

Casa sin moradores, nido de ratones.

PENSAMIENTOS.

El destino castiga á veces á los egoístas poniéndoles en el caso de tener que vivir juntos.
Levis.

La vanidad es el amor propio al descubierto; la modestia es el amor propio que se esconde.

Fontenelle.

En las guerras de amor, el huir es vencer.
Proverbio italiano.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar Roig.